

*kinah* y de Cristo no es el producto de una evolución posterior, puesto que presta a S. Pablo materiales para formular su doctrina acerca de la gloria-gracia.

No falta entre estos escritos uno muy breve de carácter filológico, *The name of Jerusalem*. A base de las cartas de El Amarna, establece la forma antigua del nombre, *uru-salim*, que coincide con la forma asiria y aramea. El segundo elemento, *ŠLM*, aparece en los textos de Ras-Shamra como nombre de una divinidad del sur de Palestina. *Uru* sería, conforme a la tradición aramea, ארר (llama), usado como apelativo divino unido a *ŠLM*. A esta forma primitiva aludiría Is. 31. 9. Después el cambio de ארר en ארר tuvo que ser intencional, y bien pudo ser realizado por David a raíz de la preservación de la ciudad ante el ángel de destrucción (2 Sam. 24).

Por último, *A note on ziqurrats with biblical illustrations*, es un trabajo que empieza hablando de los ziqurrats en general, pero que principalmente se refiere al de Ur, como más conocido. Estas construcciones no tendrían carácter sepulcral, sino religioso. Son montañas artificiales hechas por los sumerios, que procedían de un país montañoso y tenían sus santuarios en la altura. De ahí la asimetría de las terrazas y los árboles plantados en ellas. En el ziqurrat de Ur los dos primeros pisos estaban cubiertos de asfalto, y simbolizaban el mundo subterráneo; el tercer piso estaba recubierto de ladrillos rojos, y simbolizaba la tierra; y el santuario de la cumbre, revestido de ladrillos azules, simbolizaba el cielo.

En esta torre escalonada de Ur busca dos ilustraciones para la Biblia. La primera, y la más interesante, es que las tres escaleras que confluyen delante de una puerta, podían servir para que, subiendo los fieles por una escalera lateral, adorasen delante de la puerta, y descendiesen por la otra escalera lateral mientras que la escalera central estaría reservada para ciertos personajes. De esta misma manera podría entenderse Ez. 46.

Del mismo modo habría que entender la subida y bajada de los ángeles en la escala de Jacob, que tratarían de indicar que el verdadero ziqurrat está en el cielo, y su puerta, en Palestina: "Non est hic aliud, nisi domus Dei et porta coeli" (Gn. 28, 17).

J. ENCISO.

F. M. BRAUN, O. P.: *El Evangelio y los tiempos actuales*.—Lumen, Barcelona. 1943; 19 × 13. 158 págs., 12 ptas.

El P. Braun en este libro es un especialista que vulgariza. Por lo mismo el lector tiene la satisfacción de hallar siempre la expresión precisa sin vaguedades, si bien cada frase cubre a veces todo un mundo de trabajos serios, a los que se alude en notas de bibliografía selecta.

El Evangelio encuentra en nuestro tiempo una triple oposición de carácter crítico, filosófico y afectivo. Esta última la constituyen las mentalidades modernas: la burguesa, la capitalista, la nacionalista y la comunista. Gracias a Dios, en lo que llevamos de siglo, la situación va tomando un sesgo más prometedor. La Crítica, con los trabajos de eminentes católicos y con los últimos descubrimientos arqueológicos, y la Filosofía, al dibujar una corriente antikantiana, tienden a reconocer a los

Evangelios una autoridad cada vez mayor. Y la mentalidad cristiana, merced a movimientos como el de Acción Católica, J. O. C., Apostolado universitario, etc., va calando más hondo en nuestra sociedad, aunque aún abarque sectores poco amplios (el autor habla de Francia, principalmente).

El Evangelio, por su parte, reserva a nuestros tiempos la riqueza de sus enseñanzas, pero es preciso hacer que tales enseñanzas lleguen a nuestra sociedad. Para ello se impone una acción de conjunto en los tres campos indicados, crítico, filosófico y afectivo. Esta acción, en sus dos primeros aspectos, se lleva a cabo con verdadero éxito por los especialistas investigadores, pero hace falta que los frutos obtenidos por ellos desciendan hasta el pueblo. Junto a un P. Lagrange debería haber un vulgarizador como Renán (en sentido católico). Esto plantea el problema básico de la formación escriturística de los seminaristas. El profesor, que explica los grandes temas evangélicos, deberá no adaptarlos a los tiempos presentes, que eso sería exponerse a dar una caricatura del Evangelio, pero sí indicar cuáles son las enseñanzas evangélicas de que más necesitado está nuestro siglo. Al llegar a la encrucijada, donde el Evangelio se roza con las ciencias de orden práctico, no deberá lanzarse por cada una de ellas, que eso sería perder el tiempo, sino señalar el punto de entronque con el Evangelio. Yo me permitiría señalar otra laguna en la formación bíblica de nuestros seminaristas; y es que nuestros profesores de Pastoral y de Ascética y Mística tienen a veces una formación escriturística muy superficial, que repercute necesariamente en su enseñanza.

J. ENCISO.